

tos de estos nobilísimos ciudadanos, á los cuales tambien he de pedir lo mismo, diciéndoles: ¡Oh Santos bienaventurados, que os vísteis en los peligros en que yo me veo, y gozais ya de la quietud que yo deseo! ayudadme con vuestras oraciones, para que imite vuestras virtudes, y llegue á tener parte en vuestras coronas, gozando de vuestra compañía por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LII.

DE LA GLORIA ESENCIAL DEL ALMA Y DEL CUERPO CON SUS SENTIDOS.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar la grandeza de la gloria que es propia del alma y la hace enteramente bienaventurada, la cual es tan grande, que, como dice santo Tomás (1), no pudo darla Dios otra bienaventuranza mayor, por encerrar en sí al mismo Dios; y así consiste en que toda estará como endiosada, llena de Dios, y hecha un Dios, por participacion eterna é inmutable, uniéndose Dios con ella como el fuego suele apoderarse del hierro, y penetrarle, comunicándole su luz y resplandor, su calor y las demás propiedades que tiene, de modo que parece fuego. De donde resulta, que el alma queda harta y llena de todo el bien que desea, conforme á lo que dice David: *Quedaré harto, cuando se me descubriere tu gloria* (2). Esto se puede ponderar, discurrendo por las tres potencias espirituales del alma.—La memoria entrará en las potencias del Señor (3), y se engolfará en el abismo de su divinidad, acordándose de sola su justicia. Estará llena de Dios, teniéndole siempre presente, sin poderse olvidar de él, ni divertirse en otra cosa. Acordaráse continuamente de los bienes que ha recibido y recibe, y espera recibir con sumo gozo, sin olvidarse jamás de lo que tanto gusto le causa, ni acordarse de cosa que le dé pena; porque si se acuerda de los trabajos y peligros de esta vida, y de los pecados que hizo, de todo saca gozo y alegría, y motivos de continuas alabanzas á Dios, dándole continuas gracias por los beneficios que le ha hecho, hace y hará sin fin; cumpliéndose lo que dice David: *Brotarán tus alabanzas con la memoria de la abundancia de tu suavidad, y se alegrarán con tu justicia* (4), acordándose cuán justo y fiel has sido con ellos, cumpliéndoles todo lo que les habias prometido.

(1) D. Thom. q. 82 addit.; 1 p. q. 25, art. 6 ad 3. — (2) Psalm. lvi, 15.
(3) Psalm. lxx, 16. — (4) Psalm. cxliv, 7.

2. El entendimiento estará lleno de Dios, con la vista clara de su Divinidad y Trinidad. Allí verá sin figuras ni enigmas (1) rostro á rostro á todo Dios, al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo; y como el Padre engendra al Hijo, y los dos producen al Espíritu Santo, y los tres son un Dios infinito, eterno, inmenso é incomprendible: verá todas sus divinas perfecciones, su infinita bondad, sabiduría, caridad, omnipotencia y providencia. Verá los soberanos misterios de la encarnacion del Hijo de Dios, de su sacratísima humanidad, y las obras maravillosas que Dios ha obrado de naturaleza y gracia; de modo que cesen las ignorancias, errores, dudas y opiniones que acá tenia. Cesará la fe, porque verá lo que creyó; y la esperanza, porque poseerá lo que esperó; y en especial verá claramente los secretos juicios de Dios, que acá le daban pena en el gobierno de los hombres; y mas particularmente verá los secretos inmensos de la providencia paternal con que Dios le gobernó y encaminó su salvacion, para que tuviese efecto; los peligros de que le libró, y los beneficios ocultos que le hizo, dándole con esto motivo de sumo gozo. Finalmente, allí se hartará el deseo insaciable que los hombres tienen de saber, viendo á Dios, en quien están todas las cosas, y alcanzarán por un modo inefable lo que la serpiente dijo en el paraíso, que es ser como dioses que saben de bien y de mal (2), gozando de lo bueno, sin tener parte en lo malo.

3. La voluntad estará llena de Dios, unida con su divinidad con una union de amor que sea perpetua, continua, entrañable y amigable, con todos los géneros y títulos que hay de amor santo; porque todos caben en Dios claramente visto, á quien amará como á padre, amigo, esposo, bienhechor infinito, bien sumo, primer principio y último fin suyo. Y de este amor resultará un rio continuo y perpetuo y caudalósimo de deleites, del cual beberá y se embriagará (3); y estará toda engolfada dentro de los infinitos gozos de su Señor (4). De aquí es, que el alma estará llena de todas las virtudes, ejercitando sus actos con sumo deleite.—La obediencia obedecerá á Dios con gran gozo.—La humildad se le rendirá con amoroso reconocimiento.—La Religion le dará su culto y adoracion con grande reverencia, y la gratitud continuo agradecimiento con júbilos y cánticos, y aleluyas perpetuas; porque allí no habrá pasiones ni contradicciones, ni cosa que estorbe ó entibie la variedad de estos gustos, los cuales serán tan divinos, que no pueden ser conocidos

(1) I Cor. xiii, 12. — (2) Génes. iii, 5. — (3) Psalm. xxxv, 9.
(4) Matth. xxv, 21.

si no son probados; porque son como el maná escondido, cuyo favor no conoce quien no le prueba (1).

4. Finalmente, para entender de una vez la grandeza y hartura de la gloria, ponderaré esta razon que las abraza todas. Lo que hace á Dios bienaventurado, y le harta, y da infinito gozo, bastante será para hacer en mí proporcionalmente otro tanto (2): luego como Dios, desde que es Dios, y por toda su eternidad sea bienaventurado, y esté hartado y gozoso, sin fastidio alguno, con solo verse y amarse, sin tener necesidad de otra cosa alguna fuera de sí: tambien yo seré bienaventurado, y estaré hartado y gozoso con solo ver á Dios, amarle y gozarle, sin tener necesidad de otra cosa fuera de él, y sin que en esta obra haya fastidio ni cansancio, sino una novedad eterna, y una eternidad siempre nueva, viendo siempre á Dios, y deseando siempre verle, y gozándome de verle sin cesar. O Gloria mia, ¿cuándo tengo de verte con tanta claridad que hartes los deseos de mi corazón? ¿Cuándo tendré tal limpieza de alma, que pueda ver tu divino rostro? ¡Oh quién nunca hubiera hecho cosa que desagradara á tu bondad, y me impidiera tan dichosa vista! Toma, Señor, todas mis potencias, y ocúpalas desde luego en lo que siempre han de hacer. Siempre se ocupe mi memoria en mirarte, mi entendimiento en conocerte, mi voluntad en amarte, mi lengua en bendecirte, mis sentidos y miembros en obedecerte, gozándose todos en tí, de tí y por tí por todos los siglos. Amen.

5. *La oracion mental es semejanza de lo que pasa en la gloria.*— De lo dicho he de sacar, como el ejercicio de la oracion mental, que es obra de las tres potencias interiores del alma, como arriba se dijo, es un retrato de la gloria, en el cual consiste la bienaventuranza de esta vida, que llaman comenzada, á semejanza de la que nuestra alma tendrá en la otra. Por lo cual, con mucha razon dijo san Bernardo (3), que la celda para el religioso es cielo, porque los ejercicios que se hacen en el cielo se hacen en la celda, conociendo y amando á Dios, gozando de él, y alabándole con todo su corazón. Y por esto los mismos Angeles se alegran en las celdas, como en los cielos, porque ven allí la obra de la oracion, que es obra de Angeles. Y de la misma manera á cualquiera que trata de oracion, el oratorio será su cielo, si ora como conviene (4).

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar la grandeza de la gloria del cuerpo bienaventurado, con sus cuatro dotes

(1) Apoc. II, 17. — (2) D. Thom. 1 p. q. 27, art. 2. — (3) Ad fratres de monte Dei. — (4) San Juan Clímaco, Gradu 28.

de gloria, discurriendo por cada una de ellas.—La primera dote, es claridad con admirable hermosura, porque cada uno resplandecerá como el sol (1), á semejanza del cuerpo de Cristo nuestro Señor; aunque el mas bienaventurado tendrá mayor resplandor, y el de Cristo, sobre todos, tendrá mayor entereza en todas sus partes con grande proporcion y con un color y figura maravillosa, sin fealdad, ni mancha, ni ruga, ni cosa que desdore su resplandor. Y si alguna herida ó llaga recibió en esta vida por Cristo, y queda su señal en el cuerpo, será como esmalte de perlas preciosísimas que le harán muy mas hermoso. Y demás de la hermosura exterior, será vistósima y apacibilísima la interior del mismo cuerpo por su transparencia, descubriéndose la armonía de los huesos, venas, arterias, con grandísimo resplandor de todas. Y por esto se compara al oro, que es resplandeciente, y al vidrio (2) ó cristal, que es tan transparente.

2. La segunda dote es, impassibilidad inmortal, ó inmortalidad impassible, porque nunca mas tendrá hambre, sed, ni dolor ó enfermedad, ni recelo de muerte (3); aunque esté en medio del fuego no le quemará; y aunque penetre rios y mares no le humedecerán. Siempre tendrá un vigor que no se puede marchitar, y una salud que no se puede menoscabar, y una impassibilidad eterna con sumo gozo de la carne, la cual con el corazón se alegrará en Dios vivo, de quien recibe tan alegre y dichosa vida (4).—La tercera dote es agilidad ó ligereza, por la cual tendrá el ánima tanto dominio de su cuerpo, que le podrá mover de una parte á otra, sin cansancio, ni fatiga ó tardanza penosa, sino con suma presteza y velocidad, como centella ó rayo (5), discurriendo por el cielo empireo á su gusto, ya al trono de Jesucristo nuestro Señor, ya al de su Madre ó de otros Santos.

3. La cuarta dote, es sutilidad ó espiritualidad, porque no estará sujeto á las obras de la vida vegetativa mas que si fuera espíritu, y así pasará sin comidas ni bebidas, sin sueño y sin las demás obras que son comunes á las bestias; y por esto dijo el Salvador: Que en la resurreccion no habrá casamientos ni bodas, y que todos serán como Angeles (6), pareciéndose en esto á los puros espíritus. Tendrá tambien sutileza para poder, en virtud de Dios, penetrar los cielos y otro cualquier cuerpo, sin que le sea impedimento, como

(1) Matth. XIII, 43; D. Thom. q. 82 addit. — (2) S. Greg. lib. XVIII Moral. c. 27; D. Thom. q. 83 addit. art. 1. — (3) Apoc. VII, 16. — (4) Psalm. LXXXIII, 3.

(5) Sap. III, 7. — (6) Matth. XXII, 30.

entró Cristo nuestro Señor en el cenáculo cerradas las puertas, y salió del sepulcro, penetrando la losa con que estaba cerrado, dando con esto muestras de la delicadeza de su cuerpo glorificado (1).

4. Estas son las cuatro dotes del cuerpo glorioso, con cuya consideración me alentará á padecer de buena gana las miserias de esta vida, teniendo por dicha padecerlas, pues han de ser tan bien premiadas. ¡Oh dichosas ignominias, cuyo fin es tanto resplandor! dichosas penalidades que causan ser tan impasible! y dichosos trabajos que son premiados con tantos alivios! ¡Oh cuán bien dijo el apóstol san Pablo, que *no igualan las pasiones de esta vida con la gloria que esperamos en la otra* (2)! Animate, ó alma mía, á traer en tu cuerpo la mortificación de Jesucristo, pues tu cuerpo humillado será conforme con el suyo glorificado. Abraza en tu carne sus dolores y tormentos, pues tan inmensa es la gloria que has de recibir por ellos (3).

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar la gloria y deleite de los cinco sentidos corporales, discurriendo por cada uno (4).—La vista tendrá sumo deleite, viendo la hermosura de tan innumerables cuerpos gloriosos, con la variedad que habrá en ellos de rostros y figuras apacibles. Y sobre todo se deleitará en ver la humanidad sacratísima de Cristo nuestro Señor, y sus resplandecientes llagas, cuya vista será tan gloriosa, que el santo Job en medio de sus llagas y dolores se consolaba con la esperanza de ella, diciendo: *Sé que mi Redentor vive, y el día último tengo de resucitar, y en mi carne tengo de ver á Dios, al cual tengo de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar y no otro por mí* (5).—El oído se deleitará con oír las dulces palabras que se dirán unos á otros llenas de sabiduría, discreción y santidad, y las alabanzas que con sus lenguas darán á Dios, al modo que se dice en el Apocalipsis (6), que los santos cuatro animales no cesaban de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso. Y David dice, que *los santos se alegrarán en la gloria, y las alabanzas de Dios sonarán en sus gargantas* (7), también se recrearán oyendo músicas celestiales y sonidos nuevos, inventados por la sabiduría de Dios para recrear los oídos que gustaron en esta vida de oír sus palabras para creerlas, y sus preceptos para cumplirlos.

2. El olfato se recreará con el olor suavísimo que tendrán los

- (1) D. Thom. lect. 6 in I ad Cor. xv. — (2) Rom. viii, 18. — (3) II Cor. iv, 10.
 (4) D. Thom. in 4 sent. dist. 49. — (5) Job, xix, 23. — (6) C. iv, 8.
 (7) Psalm. cxlix, 5.

cuerpos glorificados, especialmente el de Cristo nuestro Señor, de quien él dice: que adonde está el cuerpo, van las águilas llevadas de su olor (1). ¡Oh qué fragancia y variedad de olores inventará la divina piedad, para recrear la carne que dió de sí olor de santa vida!—El gusto tendrá una hartura y satisfacción celestial sin fastidio alguno, comunicándole nuestro Señor sin manjares la suavidad que pudiere recibir de ellos, con otro modo mas sabroso y soberano, porque si el maná siendo uno contenía el sabor de todo manjar con grande excelencia para regalar á los justos, también sabrá Dios hacer tal modo de sabor, que abraza con eminencia todos los sabores, para regalar á los bienaventurados.

3. Finalmente, el sentido del tacto, que está derramado por todo el cuerpo, estará lleno de deleites santos y puros; de modo, que todo el bienaventurado estará como empapado en el río de los deleites de Dios. ¡Oh cuán bien premiados quedarán allí los sentidos, por las mortificaciones que en esta vida padecieron, pues conforme á la muchedumbre de los dolores, será la muchedumbre de los consuelos en el alma y en el cuerpo (2)! Ó cuerpo mio, animate á padecer por Cristo, para que gocen tus sentidos del gozo que tienen los suyos. Alégrate con las nuevas que te han dado, de que has de ir á la casa del Señor (3). Y aunque tus piés anden sobre la tierra, tenlos con el deseo fijos en los palacios del cielo y en los patios de la celestial Jerusalem. Ó Jerusalem madre nuestra (4), que á modo de ciudad eres edificada de las piedras vivas de tus ciudadanos, unidos con grande paz entre sí mismos, recibe desde luego mi corazón, admíteme dentro de tí con el espíritu, para que á su tiempo me admitas con alma y cuerpo. Ó Dios infinito, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por tu grande misericordia nos engendraste en el ser de gracia y nos diste esperanza viva de alcanzar la herencia que no puede perecer, ni mancharse ó marchitarse, la cual tienes guardada en los cielos, y la guardas por viva fe en tus escogidos, para manifestársela en los días postreros (5); engéndrame por tu bondad en el ser de hijo tuyo, conservando siempre en mí la gracia, para que alcance esta soberana herencia de tu gloria. Amen.

(1) Math. xxiv, 28. — (2) Psalm. xciii, 19. — (3) Psalm. cxxi, 1.

(4) Galat. iv, 26. — (5) I Petr. i, 5.

MEDITACION LIII.

DE LA GLORIA EN CUANTO ABRAZA LOS PREMIOS DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS.

—La grandeza de la gloria declaró Cristo nuestro Señor en el sermón del monte, por los siete premios que prometió á los actos de virtud heróica que llamó bienaventuranzas, de las cuales se trató en la meditacion XI de la parte III: presupuesto lo que allí se dijo, meditarémos estos siete premios como se hallan en la gloria.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar como la gloria es el reino de los cielos que Cristo nuestro Señor promete á los pobres de espíritu y á los que sufren persecuciones por la justicia, el cual no es otra cosa que la vista clara de Dios, y la posesion de sus infinitas riquezas (1), con la santidad, justicia, paz y gozo que tienen los santos en el cielo empireo; y cada cosa de estas está allí con grande excelencia, porque la vista es sin mezcla de oscuridades; las riquezas, sin mengua ni pobreza; la santidad, sin género de malicia; la justicia, sin desigualdad ni agravio; la paz, sin cosa que cause discordia; y el gozo, sin rastro de dolor ni de tristeza. Este reino está dentro de cada uno (2), y le posee enteramente, sin dependencia del otro; porque aunque no hubiera mas que un bienaventurado solo, estuviera su reino entero, aunque tambien se le recrece no pequeño gozo de la dulce compañía de los otros bienaventurados. De aquí es, que todos los moradores del cielo reciben este reino por suyo, de tal manera, que son verdaderos reyes, y se gozan grandemente de su dignidad real, y reinan juntamente con el supremo Rey de todos que es Dios; y así la Iglesia triunfante se llama reina, la cual está á la diestra de su esposo Cristo, con vestido de oro, adornada con mucha variedad de dones y virtudes, cual les conviene á esposa de Rey tan soberano (3). ¿Pues qué cosa puede haber mas gloriosa, que poseer tal reino y ser rey en compañía de tan esclarecidos reyes, el menor de los cuales es incomparablemente mayor que todos los reyes de la tierra (4)? Ó Rey de los reyes, Señor de los señores, gracias te doy porque das á tus siervos en galardón de cualquier pequeño servicio, un tan excelente reino. Ó reino infinito y cielo inmenso, estrechado en el corazón del justo, y comparado con las obras de su justicia; si todos los bienes de

(1) Rom. xiv, 17.—(2) Luc. xvii, 21.—(3) Psalm. xlii, 10.—(4) Matth. xi, 11.

esta vida se dan por añadidura (1), al que busca este reino, ¿cuán infinitos serán los bienes que se dan por paga principal al que es digno de alcanzarle? ¡Oh dichosos los que se humillan y empobrecen por su voluntad, ó son humillados y perseguidos por la justicia! pues con tal reino serán premiados. Venga, Señor, á mí tu reino, entre dentro de mí, para que yo entre dentro de él, y goce para siempre de tí. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—Lo segundo, se ha de ponderar como la gloria es la dichosa posesion de la tierra que se promete á los mansos, y excede tanto á esta que pisamos, cuando la excede el cielo estrellado en grandeza, hermosura y resplandor; porque esta tierra de acá es tierra de los que han de morir, y sepultura de los que mueren en ella, convirtiéndolos en tierra. Es valle de lágrimas, destierro de nuestra patria y lugar lleno de toda miseria, porque es tierra de maldicion, seca y estéril por la culpa de su primer morador. Pero la tierra que aquí se promete es region de vivos (2), donde ninguno puede morir, y todos truecan la vida terrena en celestial. Es valle de deleites que mana leche y miel de divinas consolaciones, sin suspiros ni lágrimas, ni ocasiones de ellas. Es tierra de bendicion y de regadío, con milagrosa fertilidad, porque como dice san Juan, continuamente se riega con un rio de agua viva y cristalina que procede del trono de Dios y del Cordero (3), y en su ribera por ambas partes tiene muchedumbre de árboles de vida que llevan doce frutos al año, y sus hojas son salud de todas las gentes. ¡Oh tierra dichosísima, donde perpetuamente mana el agua viva y clara de la vista de la divinidad de Dios y de la humanidad del cordero, Cristo Jesús; cuyos moradores son como árboles de vida, que siempre viven bañados con el agua de este divino rio, en cuya virtud producen innumerables frutos de nuevos gozos y deleites! ¡Oh dichosos árboles, cuyas hojas dan salud á las gentes que vivimos en la tierra, porque con las sentencias que de ellos oimos, y con la proteccion que en ellos tenemos, esperamos vivir con ellos en el cielo! ¡Oh quién me diese la posesion de esta dichosa tierra! Ó alma mia, ama la mansedumbre del cordero Jesús, para que te dé en posesion esta soberana tierra, donde no pueden entrar los cabritos que estarán el día del juicio á su mano izquierda, sino solamente los corderos que han de estar á su mano derecha.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar como la gloria es el consuelo que se promete á los que lloran, en el cual se ha de

(1) Matth. vi, 33.—(2) Psalm. cxli, 6.—(3) Apoc. xxii, 1.